

HOMILÍA EN LAS VÍSPERAS DE CLAUSURA MES MISIONERO EXTRAORDINARIO

Concepcionistas, 30 de octubre de 2019

Sal 66; Efesios 3, 1-9

“Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben”. Con estas palabras del salmo 66 hemos rezado juntos. El salmista da gracias a Dios después de la cosecha, porque “la tierra ha dado sus frutos”. La alegría que siente por el amor y la misericordia de Dios, desea que se extienda a todos los hombres, para que todos vean la salvación y alaben a Dios. A todas las culturas y sociedades desea que llegue el conocimiento de Dios, de sus caminos, y su salvación.

San Pablo proclamaba este mismo deseo, cuando decía que el misterio que había comprendido era que también los gentiles han sido llamados a la salvación en Jesucristo. Ellos son “miembros del mismo cuerpo y partícipes de la misma promesa en Jesucristo”. La salvación que nos ha llegado a través de Jesús alcanza a todos los pueblos y a todos los hombres. Jesús –dice en esta misma carta- ha derribado con su cuerpo los muros que separaban a unos de otros (Cf. Ef 2,14).

Pero San Pablo continuaba diciendo que a él Dios le había dado “la gracia de anunciar a los gentiles la riqueza insondable de Cristo”. Pablo se sentía elegido y enviado a proclamar el Evangelio especialmente entre los paganos, entre aquellos que no pertenecían al pueblo judío. Y así lo hizo esta entregar su vida en Roma.

Nosotros también podemos repetir con Pablo: “se me ha dado la gracia de anunciar la insondable riqueza de Cristo”; “soy servidor del Evangelio por la gracia que Dios me dio con su fuerza y poder”. Cada uno de los bautizados hemos recibido la gracia de ser elegidos para proclamar a Cristo, a pesar de nuestras debilidades y de nuestra pobreza. Hemos de reconocer como un don extraordinario de Dios haber sido elegidos y enviados; es un don que recibimos el día que fuimos bautizados. San Pablo no oculta en sus cartas sus propias flaquezas e insiste siempre en que confía en la gracia de Dios, que es la que le da fuerza y poder. Él –reconocía- es “el más insignificante de los santos”, pero cuenta con la gracia para cumplir su misión. Nosotros no debemos temer nuestra pequeñez, la escasez de medios ni las dificultades que encontramos. Somos discípulos de Jesús llamados a ser, con su gracia, misioneros. “En virtud del Bautismo recibido –dice el Papa-, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador” (EG 120).

San Pablo añadía que había recibido esta gracia “en favor de los gentiles”. Su misión se dirige principalmente a esos numerosos hombres y mujeres del mundo griego y romano que habitaban una ciudad grande y populosa como Éfeso y que no conocían al Dios verdadero. ¡Ojalá nosotros compartiéramos estos sentimientos! Son muchas las

personas que en nuestras ciudades viven como si Dios no existiera; muchos los que no tienen una luz ni un sentido en su vida. ¡Ojalá muchos cristianos sintieran el ardor de anunciar el Evangelio a los gentiles, a los alejados, a los que abandonaron la fe o a los que nunca la conocieron! Añade el Papa: “que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones” (EG 120).

Estamos clausurando este mes, que ha sido una gracia de Dios para nuestra Iglesia, porque le ha ayudado a reflexionar sobre el compromiso de cada cristiano en la evangelización y porque, también, nos ha ayudado a acordarnos de tantos cristianos como nosotros que fueron un día conscientes de su compromiso bautismal y se lanzaron a la misión “ad gentes”, entre gentes de culturas, lenguas y costumbres muy diferentes. Por ellos hemos rezado especialmente durante este mes y seguiremos rezando.

Es significativo clausurar el mes con una oración. Pidamos que la gracia de Dios alcance el corazón de muchas personas y haya muchos cristianos dispuestos a testimoniar ese misterio grande, inacabable, insondable, lleno de luz y fuente inmensa de alegría que es Jesucristo. Así se cumplirá el deseo de Dios, que quiere que todos los hombres se salven, que sobre todos los pueblos resplandezca su rostro y, conociéndolo, le alaben.